

El espacio como producción social

A propósito del libro *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños* de Clara Inés García de la Torre y otros*.

Por Carlo Emilio Piazzini**

Con frecuencia encuentra uno en las conversaciones académicas planteamientos que enfatizan en la condición social de factores que tradicionalmente habían sido considerados como inherentes o relativos a la naturaleza. Por ejemplo: que el cuerpo es una producción social y, para el caso que quiero resaltar, que el espacio, usualmente referido a las extensiones físicas de carácter geográfico es una producción social. Esta amplificación de lo social ha recibido aún más empuje de la mano de un concepto cercano pero no conmutable; me refiero al de *construcción social*, tanto o incluso más empleado que el primero. Entonces oye uno que la naturaleza, la ciencia y la verdad son construcciones sociales, como si fuera una declaración de guerra contra cualquier epistemología positivista o, en todo caso, cualquier enfoque que defienda algún tipo de diferencia entre lo que el mundo es y lo que podemos decir acerca de él.

Este tipo de planteamientos encontrará más resistencia entre aquellas mentes y cuerpos formados en las ciencias exactas y naturales, así como entre aquellos que en mayor o en menor medida harían de las Ciencias Sociales una empresa semejante. No obstante, otros estudiosos, entre los cuales seguramente habrá muchos antropólogos y algunos historiadores, sociólogos y lingüistas, difícilmente se dejarán impresionar. Ello porque en sus campos discursivos se ha planteado desde hace tiempo que el conocimiento es un producto de específicas condiciones históricas, sociales y culturales, que dejan un

* García de la Torre, Clara Inés y otros, 2011, *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños*, Bogotá, Odecofi, Iner, Colciencias.

** Subdirector científico del Icanh

margen estrecho, cuando no inexistente, para cualquier realidad objetiva que pretenda manifestarse más allá de estos condicionantes y estas contingencias que la vuelven relativa.

Así las cosas, ¿cuál es entonces la novedad que, al menos en las Ciencias Sociales, puede ofrecer el planteamiento del espacio como una producción social? ¿Cuál es el aporte de un enfoque que, en el caso del libro *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia*, se encuentra en la base de sus principales argumentos?

Frente al eco creciente de las tesis construccionistas, en mis cursos de la maestría en Estudios Socioespaciales de la Universidad de Antioquia, he tenido que ser enfático al presentar a los estudiantes la tesis pionera de Henri Lefebvre acerca del espacio como producción social, reiterándoles, una y otra vez, que ésta no puede ser confundida con planteamientos de reciente o vieja data de ese tipo: el territorio es una representación, el paisaje es una construcción social, la naturaleza es una construcción discursiva... Entonces apelo a una frase sencilla que marca una sutil diferencia: *es claro que el espacio es una producción social, pero al mismo tiempo él mismo es un productor de lo social*. Esta relación interdependiente, más que apelar a un recurso retórico de la dialéctica, quiere enfatizar sobre todo en el segundo término: *¿cómo es que el espacio produce sociedad?*

Mis ejemplos para hacer visible esta tesis han sido generalmente muy limitados, referidos casi siempre al campo de lo que he llamado una *geografía del conocimiento*, esto es: cómo ciertas prácticas científicas encuentran en particulares experiencias y concepciones del espacio (geopolíticas, localizaciones, territorialidades y redes) factores determinantes para sus procesos de configuración y producción de conocimiento.

Afortunadamente, en el libro editado por Clara Inés García y Clara Aramburo puedo encontrar ahora dos ejemplos más concretos acerca de cómo el espacio produce sociedad y cómo ésta produce espacialidades. Apoyado en buena medida en la reelaboración que Edward Soja hiciera de las tesis de Lefebvre, el equipo de investigación del Iner ha logrado hacer visible cómo

las configuraciones territoriales de dos regiones, Urabá y Oriente antioqueño, determinaron la manera como se ha desarrollado en esas áreas el conflicto armado que ha tenido lugar en Colombia durante las últimas tres décadas. De igual manera, cómo las dinámicas del conflicto así moduladas por factores espaciales previos llevaron a la reproducción y profundización de inequidades territoriales, pero también a la generación de nuevas espacialidades.

Para expresar mejor esta idea clave de interdependencia entre factores espaciales y sociales, me referiré brevemente al caso del Oriente antioqueño, tal como se analiza en la primera parte del libro. Pese al papel central que algunas localidades del Oriente habían tenido en la colonización antioqueña por el Occidente colombiano y en la vida política del siglo XIX, para la década de 1960 constituía una más de las áreas periféricas que gravitaban en torno al desarrollo económico y político del Valle de Aburrá, lo cual se pone de manifiesto en la forma misma de su denominación: un área localizada al Oriente de Medellín. Pero durante las décadas de 1960 y 1980, la construcción de megaproyectos de interés nacional, sobre todo el complejo de embalses que en su momento llegó a generar el 60% de la energía eléctrica del país, así como la expansión de la industria del Valle de Aburrá, definieron un nuevo lugar para esta zona en la geografía económica y política del Departamento y la Nación.

La dinámica de la economía fragmentó entonces el área en dos territorialidades: el Oriente cercano industrializado, urbanizado, con mayores niveles de ingreso y bien comunicado con el centro político-administrativo, por contraste con el Oriente lejano, que en la vertiente al Magdalena Medio acentuaba su condición histórica de una periferia en términos de índices socioeconómicos, capacidad de comunicación y vulnerabilidad frente a los actores armados que entonces ya comenzaban a organizarse.

De forma simultánea con esta fractura producida por la geografía económica, se fueron configurando discursos y actuaciones estatales que enfatizaban en la integración regional, como se hizo visible a propósito de la definición del Oriente como una subregión del Departamento de Antioquia y de

Cornare como la corporación encargada de gestionar sus recursos naturales.

De otra parte, movimientos sociales de orden local, que inicialmente se organizaron para protestar por los impactos y la forma inconsulta en que se desarrollaron los proyectos hidroeléctricos y reclamar por los beneficios a que tenían derecho por el funcionamiento de los mismos en sus territorios, fueron conformando sus propios discursos de reivindicación de lo regional, con lo cual el Oriente antioqueño no solo emergía como región objeto de las políticas estatales, sino como una entidad territorial configurada a partir del entrelazamiento de sentidos de lugar y, más tarde, como una geografía de la resistencia.

Es en relación con esta estructura espacial básica, profundamente fracturada en lo económico pero en la que coexisten diferentes y hasta contrarios discursos y prácticas políticas que promueven la visión de una región integrada, como la dinámica del conflicto armado de las últimas dos décadas adquiere situaciones y características que no pueden ser comprendidas como una simple expresión local de la guerra o el conflicto a escala nacional. En efecto, el juicioso ejercicio de cartografiar las principales acciones armadas acaecidas en la región entre 1997 y 2008 —acompañado de un análisis de la características y formas de operar de los actores armados y de los discursos e intervenciones estatales y privadas sobre el Oriente desplegados a raíz de la profundización del conflicto— permite establecer que “la confrontación armada regional, a pesar de obedecer a lógicas nacionales (estrategias y ciclos generales), no hace nada diferente que asumir y por tanto reforzar las lógicas propias de las geografías políticas regionales” (82).

Así, en el ámbito de lo bélico, la “unidad de significado” que adquiere el Oriente como región integrada se hace visible en cuanto deviene en objeto de interés geopolítico para los actores armados, se percibe como un “centro” que requiere atención e intervención por parte del Estado, las ONG, los empresarios y las organizaciones sociales, y, adicionalmente, constituye el referente de origen de grupos insurgentes, especialmente de algunos frentes del ELN. Al mismo tiempo, en ese mismo ámbito de lo bélico se refuerza la fractura previa entre el Oriente cercano y el lejano, ya mediante una acción diferenciada de la

política de seguridad democrática que se concentra en éste último, mientras es débil o inexistente en el primero, en donde precisamente se consolidó la presencia paramilitar, o ya por la proliferación de los cultivos de coca que fueron cubriendo importantes áreas del Oriente lejano, justamente a medida que el Ejército recobraba esas zonas de presencia guerrillera y se daba paso a la desmovilización de los paramilitares en el Oriente cercano.

Se tiene entonces que “la orientación socioespacial que asume la confrontación armada en el Oriente antioqueño se rige en lo fundamental por las dos características mayores de la geografía política que ha configurado la región a lo largo de los últimos sesenta años” (109). Pero no se trata solo de que la guerra se amolda a las espacialidades históricas en las que se inserta, o enfatiza en ellas, sino que en ese proceso se configuran nuevas espacialidades.

Cuando entre 1998 y 2001 el conflicto armado en la región crece hasta sus máximos históricos, los movimientos cívicos, los alcaldes y las organizaciones sociales comienzan a constituir propuestas de resistencia basadas en los conceptos de reconciliación, ciudadanía y provincia, que llevan a la conformación de proyectos de clara orientación regional, como el Consejo Regional de Alcaldes, la Asamblea Provincial de Paz y la Asamblea Provincial Constituyente, a lo que se suman la Asociación de Mujeres de Oriente (Amor) y la Asociación Provincial de Víctimas de la Violencia (Aproviaci). La confluencia de estos actores en torno de un proyecto regional de carácter integrador, regido por principios de equidad, democracia y convivencia, hace visible la emergencia de lo que los autores del libro, recurriendo a Edward Soja, denominan un *Tercer Espacio*: un espacio de la resistencia que se opone a la inercia de las geografías económicas, políticas y bélicas que habían producido, bien la fragmentación de la región o bien su identificación desde afuera como un espacio unificado que debía ser objeto de intervenciones estatales o privadas.

La formación de este *Tercer Espacio* sería capitalizada en los últimos años por las actuaciones estatales y privadas que llevaron a la creación del Laboratorio de Paz del Oriente antioqueño, bajo la financiación de la Unión Europea.

Ello transformó el énfasis político del proyecto regional, por la prioridad de proyectos para el desarrollo y la gobernabilidad. No obstante, el proyecto regional de carácter endógeno no se ha desdibujado, ha resistido a la institucionalidad del Laboratorio de Paz y constituye sin lugar a dudas un *espacio de esperanza*, para emplear el término con el cual David Harvey prefiere identificar el Tercer Espacio de que hablara tempranamente Henri Lefebvre.

Los resultados de la investigación del caso del Oriente antioqueño, que, al igual que en el de Urabá, se ofrecen en *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia* son, pues, un buen ejemplo de la eficacia analítica y la fertilidad que tiene el enfoque contemporáneo del espacio como producción social. Desde una concepción del espacio que, como señalaba Michel Foucault, había enfatizado en su carácter fijo, estático y dado, se transita mediante este tipo de estudios hacia una concepción del espacio como algo vivo, dinámico y, tal vez lo más importante: como factor fundamental en los procesos de constitución de proyectos políticos alternativos.

Una tarea pendiente, que seguramente desarrollará en lo sucesivo el equipo de investigación del Iner, es la realización de un análisis comparado entre los procesos de configuración territorial del conflicto armado que han tenido lugar en Urabá y el Oriente, tarea que cuenta ya con un antecedente en la bien lograda introducción que Fernán González ha efectuado del libro, como editor general de la Colección Territorio, Poder y Conflicto, de Odecofi.

Quiero señalar finalmente que el libro que hoy presentamos es para mí de especial significación, toda vez que, mediante dos magníficos trabajos de investigación, hace visible el fruto de la apuesta que desde el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia y desde su Grupo de Estudios del Territorio, hicéramos en 2004 por la creación de un ámbito académico e investigativo para la formación de posgrado y la producción de conocimiento en el novedoso campo de los estudios socioespaciales.